

Entrega de la Medalla de Honor del Memorial Guillermo Arce y Ernesto Sánchez-Villares

Qué debo a quién

VENANCIO MARTÍNEZ SUÁREZ

Dignísimas autoridades, querida presidenta (Profª. Cabello), querido ex presidente (Prof. Marugán), querido presidente de la Fundación (Corsino Rey), queridos compañeros, señoras y señores:

Uno se puede encontrar en la situación en la que yo estoy ahora por dos motivos: o porque tiene muchos méritos o porque tiene buenos amigos. Los que me conocen saben que yo doy más importancia a esto último, y prefiero imaginarme que este nuevo regalo con que me acaricia la vida es por haber sabido tratarme con los demás, por haberme relacionado con el prójimo –con los otros–, pidiendo y ofreciendo amistad. Por eso, debo iniciar estas palabras afirmando que esta tarde –solemne y a la vez para mí jubilosa– señalará en mi biografía por vuestro favor un hito memorable.

Admirado Félix, querido Félix: muchas gracias por las palabras que acabamos de oír, llenas de afecto y cariño; de ese afecto y cariño que repartes a manos llenas en cualquier ocasión y hacia todos. Me siento orgulloso de haberte conocido y tratado; de haberme beneficiado tantas veces de tu temperamento cordial, de tu liberalidad y bonhomía, de haber sentido cercana tu amistad. Y me alegro de que me apadrines –¿quién mejor, quién dándole un realce mayor?– en este importante acto.

En abril de 2004 –el sábado 5 de abril, en el Palacio de la Magdalena de Santander, para más señas–, un grupo de compañeros y amigos recibimos el mandato de dirigir una Sociedad con cierta crispación en sus relaciones y llena de dudas. El reto que se nos ponía delante era complicado, pero las posibilidades de aportar algo positivo a esta comunidad

triautonómica de pediatras las sentimos ilusionantemente claras. Las dificultades, escribí ingenuamente en aquellos primeros días, no podían ablandar la determinación y la buena voluntad.

Tres semanas después nos reunimos en un salón del Colegio de Médicos de León y allí se expusieron las primeras diez medidas –con razones de fondo y temas de pura subsistencia– que tendríamos que tomar, haciendo una relación de las fechas más relevantes que se cumplirían durante nuestra dirección.

Aquel primer encuentro dejó claro que íbamos a ser un buen equipo. Pronto aquellos objetivos iniciales se redoblaron y a cada paso seguía la propuesta de dos o tres más.

Pasaron los meses y los años y en algunos momentos de tensión y confusión volvía a mi declaración o lema inicial: las dificultades no pueden ablandar la determinación y la buena voluntad.

Releyendo ahora la Memoria General presentada en la Reunión de Primavera celebrada también en León en 2007 –al cerrar nuestro ciclo– puedo afirmar que los pasos dados fueron muchos y muchos de ellos acertados; y que el trabajo fue constante y espléndido durante todos esos años.

Desde ese balance tengo que hacer ahora presente mi reconocimiento a mis camaradas en una candidatura que se hizo Junta Directiva y que resultó en una organización capaz de aunar tesón, ilusión y una admirable unidad. A todos quiero agradecerles su constante confianza en mi persona; el haberme ofrecido, día a día, una lección permanente de humanidad, generosidad y optimismo en el cumplimiento de nuestras obligaciones.

Correspondencia: venancioms@telecable.es

© 2023 Sociedad de Pediatría de Asturias, Cantabria, Castilla y León

Este es un artículo de acceso abierto distribuido bajo los términos de la licencia Reconocimiento-No Comercial de Creative Commons (<http://creativecommons.org/licenses/by-nc/2.5/es/>), la cual permite su uso, distribución y reproducción por cualquier medio para fines no comerciales, siempre que se cite el trabajo original.

Aunque con el permiso de todos los demás, quiero hacerlo inicialmente a los Catedráticos Alfredo Blanco y Félix Lorente. Ellos fueron el núcleo más consistente de nuestra labor; los que a pesar del cambio generacional que nosotros representábamos, han sabido –de modo extraordinariamente indulgente y desprendido– ofrecernos su experiencia, su trabajo, responder a nuestras continuas demandas y poner sobre nuestro entusiasmo el sosiego y aplomo que algunas circunstancias pudieron requerir.

Pero debo citar a todos: a Santi Montequi (con Félix, Vicepresidente), a Julián Rodríguez (Secretario), Belén F. Colomer (Tesorera), a David Pérez Solís (director de la web), a Andrés Concha, Flor Ángel Ordóñez, al cirujano José Antonio Álvarez Zapico, Belén Aguirrezabalaga, Juan Carlos Silva (Valladolid), Antonio Martín (Ávila), Susana Alberola (Palencia), Víctor Marugán (Zamora), Miriam Mata (Burgos), Santiago Calleja (Segovia), Leticia Castañón (León), Dori Fernández (Salamanca), Javier Domínguez (Burgos), Juan Mayordomo, Lucía Díaz y Pablo Prieto Matos. No puedo más que recordar con enorme nostalgia a los malogrados y siempre queridos Juan Carlos Santos (Cantabria) y Luis Miguel Rodríguez (gran director de nuestra revista), que merecen el mismo reconocimiento que los componentes de aquel grupo que hoy estamos aquí. Todos ellos fueron los hacedores de unas tareas proyectadas y cumplidas, y de un viaje de amistad. Por tanto, son los que se merecen la distinción que hoy otorga la SCCALP.

Aquella presidencia que me habéis dado, representó para la Sociedad algo circunstancial y transitorio; mi persona fue un azaroso punto de una línea pensada y trazada hace casi 70 años. Pero para mí ha sido un regalo definitivo; condicionante de mi vida y de lo que iba a ser mi futuro. Ha sido, os lo puedo decir, la oportunidad de convivir y trabajar con profesionales admirables. Entre los que estáis todos vosotros y los que desde hace 67 años han querido ocuparse en mejorar la pediatría, vivir la amistad y disfrutar de la vida dentro de los horizontes amplios y prometedores de nuestra Sociedad. Por eso os quiero dar las gracias.

Es este el lugar más apropiado para exponer la epicrisis de mi modesta historia de trabajo, su síntesis y conclusión; para completar las palabras del profesor Lorente con lo que hay detrás de ese resumen.

Son innumerables –afortunadamente muchas como para citarlas aquí– las personas que me han mostrado su confianza y apoyo en diferentes etapas de mi vida profesional, de la que no me siento plenamente satisfecho, pero sí suficientemente satisfecho. Pude haber hecho otras cosas, quizá haberme dedicado más a la investigación básica; pero hice en cada momento lo que creía que debía de hacer. Y de forma organizada fui trabajando para alcanzar las pequeñas metas que me iba poniendo.

Como es bien sabido, declarar el “CURRÍCULO OCULTO” es recuperar y hacer públicos aquellas experiencias y aprendizajes que no forman parte de la hoja de vida profesional oficial aunque pueden ser determinantes –a veces los más determinantes– en nuestro modo de ejercer la medicina. El “currículo oculto” se compone con esa porción de nuestra carrera sistemáticamente ignorada por el entorno y que se va conformando al relacionarnos con circunstancias concretas o con personas que nos van enseñando con intención expresa o de manera involuntaria. Es el qué debo a quién de cada uno.

En él debe constar que soy nieto, hijo y sobrino de médicos rurales. Que soy lector constante –y relector habitual– porque mis padres y hermanos mayores lo fueron, cada uno de forma diferente. Creo que eso explica además mi amor a los libros y mi temprana voluntad de aprender a expresarme eficazmente por escrito. Debería constar también que en mi formación como biólogo he sido alumno de los profesores Julián Rubio, de Evaristo Suárez, de Miguel Ángel Comendador y de Ángeles Patterson. Podría nombrar a otros muchos, pero esos son los que han dejado más huella en mí. Tendría que recogerse que tras mi llegada a la Facultad de Medicina me examiné para incorporarme como alumno interno al Área de Farmacología, dirigida por el Catedrático recientemente fallecido Agustín Hidalgo y donde fui supervisado por la profesora Begoña Cantabrana, que, permitiéndome compaginarlo con mis estudios, pacientemente me enseñó el método de la investigación experimental; con ella realicé mis dos primeras publicaciones en una revista extranjera (en *General Pharmacology*) y completé mi Seminario de Investigación, que leí nada más licenciarme. Desde mi incorporación como Residente al Departamento de Pediatría dirigido por el inolvidable profesor Crespo, y a los tres meses de llegar a esa casa, empecé a centrar mi interés en la nefrología, siendo durante cuatro años la Unidad de Hemodiálisis mi base diaria de operaciones y el doctor Fernando Santos mi referente. Bajo su dirección hice biología molecular durante casi siete años, escribí la Tesina con datos sobrantes de algunos experimentos y pronto defendí mi Tesis Doctoral. Allí empecé también a hacer guardias tras mi especialización y me mantuve vinculado a la misma mediante dedicación parcial casi 12 años. Reconozco en mi vida, por tanto, tres experiencias que han determinado mi forma de entender y llevar a cabo mi profesión: la observación directa de mi padre como médico (los valores); mi preparación como biólogo y luego mi paso por el laboratorio de farmacología mientras cursaba mis estudios en la Facultad de El Cristo (la comprensión de la investigación); y mi relación con el profesor Santos y las personas que se movían en torno a él (la asimilación de ciencia y clínica como algo compatible y necesario para ejercer mis obligaciones con la mejor garantía).

Sin haberme alejado completamente de la práctica hospitalaria, el decidir tomar el camino de la medicina infantil generalista y el haber realizado mi trabajo durante 28 años en el Centro de salud El Llano me ha permitido desarrollar una pediatría –la de relación directa con las familias– que estimo como la más plena y de mayor responsabilidad: me siento –suelo repetir– médico de pueblo en un barrio de Gijón, y a ello dedico lo más amplio de mi tiempo.

Podría citar otras experiencias y decenas de personas más que me han favorecido y ayudado, pero únicamente quiero añadir a esta corta recapitulación al profesor Julián Rodríguez, amigo incondicional y único, gran compañero en todo. A Javier Pellegrini, prototipo de ponderación, hombre laborioso y pediatra sensato y responsable, y a quienes con él fueron mis colegas y compadres en la dirección de la SEPEAP; a Serafín Málaga, mi superior inmediato y que ininterrumpidamente guió mi especialización nefrológica. Y al catedrático de historia de la economía Joaquín Ocampo, que ha orientado mi vocación por la historiografía médica y ha incitado en mí el interés por el estudio del siglo XVIII español.

Como consecuencia de lo anterior quiero agregar algo más a esta nota. Tras años queriendo formarme una idea de lo que es la medicina y analizar su significado, la conclusión a la que he llegado es que se trata de una herramienta puesta a disposición de la sociedad para curar y prevenir enfermedades. Así podría definirla cualquier diccionario básico, cualquier sujeto y casi cualquier niño. Pero en el centro de su concepto para mí es algo más digno y humilde: una forma particular de relación humana entre una persona con un conocimiento técnico de la enfermedad y sus causas y otra que necesita de ese conocimiento para curar, aliviar o sólo consolar sus males. Es en ese sentido que me considero sólo un profesional de mi oficio; quiero decir, que he procurado asumir las grandes responsabilidades de la medicina con seriedad y de forma comprometida.

Quizá por alguna de las cosas que comento, me declaro médico de vocación humanista, al igual que Ortega filósofo, *in partibus infidelium*; esto es, en tierra extraña y poblada por hombres y mujeres que no comparten mi forma de interpretar la medicina y, más claramente, de ser médico. La experiencia me ha permitido entenderlo de ese modo.

Todo esto forma la parte principal de mi currículo oculto, de lo que aparece solapado, difuminado, en mi sinopsis

profesional y se hace presente solo al traer a cuento –como ahora– la memoria y balance de las tareas realizadas. Las personas que he mencionado son las que más se merecen mi agradecimiento por lo que me han dado, mucho más allá de lo que pudiera exigir su deber conmigo.

Quiero ir terminando mi perorata con una breve digresión para poner un punto anecdótico a esta escueta historia. Desde el siglo XV y durante casi 300 años estuvo vigente en este Reino de Castilla un precepto jurídico derivado directamente del Derecho Romano, denominado “juicio de permanencia”, por el cual un servidor público, al final de su mandato, debía esperar hasta que un tribunal nombrado al efecto dictaminase sobre la honradez y eficacia de sus actos. El proceso podía alargarse varios meses, incluso años, como es el caso del que habla.

Pues bien, si el acto que nos ocupa equivale de algún modo a mi juicio de permanencia, por lo que se ha dicho aquí habría que admitir que he salido bastante bien parado. En particular, porque no hemos tenido oportunidad de escuchar a algunos detractores iniciales, que pasado el tiempo (en correos y notas que guardo como testimonio valioso) me hicieron saber la conveniencia de nuestras decisiones y el ejemplo de entusiasmo que habíamos dado.

Como socio veterano y ex presidente, quiero agradecer la hospitalidad con la que esta ciudad, esta tierra, nos acoge de nuevo. Aquí nació la SCCALP y aquí celebramos una vez más –y se cumplen ya 34 ediciones– el recuerdo de dos figuras gigantes de la medicina infantil española del pasado siglo, los profesores Arce y Sánchez Villares. Aquí, con el magnífico regalo que hoy recibo, quedan unidas de manera más firme, si cabe, su evocación y sus lecciones a lo mejor de mi experiencia vital.

No me queda otra cosa que desear a la nueva presidenta y a su Junta Directiva suerte y ganas de trabajar, esperando que a través de las tres reuniones generales ordinarias y todas las de ámbito local, a través de su revista, la Sociedad siga siendo conocida, apreciada y vivida por todos los pediatras, de dentro y de fuera de nuestras comunidades. Y pedir disculpas por esta expansión personal y casi sentimental que creo que tienen aquí su mejor auditorio.

Muchas gracias a todos; gracias de corazón por este gran obsequio y este momento de felicidad.